



.....Nunca vimos enterrar a mi padre

del libro

SEBRANDO VIDA

JOVENES A CONTRAPELO DEL CONFLICTO EN COLOMBIA

DE ADRIANA HERRERA

"NUNCA VIMOS ENTERRAR A MI PADRE"

**"Temprano levantó la muerte el vuelo,
Temprano madrugó la madrugada,
Temprano está rodando por el suelo."**

**"Yo perdono a la vida desatenta,
Yo perdono a la muerte enamorada,
Yo perdono a la tierra y a la nada."
(Miguel Hernández, versión libre)**

Cuando Yadira llegó a Benposta tenía poco más de siete años y era tan delgadita que a Camilo y Carmen Eugenia,¹ les parecía que estaba a punto de partirse.² No se "partió" tal vez porque de alguna forma, a esa edad, ya había pasado lo peor: el crimen que había dividido su vida en dos; el deambular de una a otra parte, en un mundo que de repente se tornó ajeno; la opresión de no entender, de tener que aceptar que nunca sabría la verdad de muchas cosas; y el miedo a ser separada de su hermana, el único ser verdaderamente cercano que seguía siendo próximo para ella...

Por eso, a sus 17 años, cuando aun tiene una figura delgada y facciones muy finas, quizá sólo sus pómulos permiten adivinar la fuerza que hay en ella. La suavidad de su voz —que cae con el murmullo de una cascada serena— no menoscaba la decisión de las palabras con que orienta como mantenedora a las jóvenes de 12 a 15 años a su cargo, ni la firmeza con que está decidida a lograr lo que quiere. También en sus grandes ojos castaños, que podrían parecer sólo soñadores, asoma la mirada avizora del que tiene claro el blanco y calcula exactamente cómo llegar a él.

Nosotras nunca vimos enterrar a mi papá. Milena³ y yo sólo lo miramos cuando lo trajeron, lo pusieron sobre una mesa y lo abrazábamos llorando. Nos parecía que estaba vivo. Yo tenía seis años y ella ocho. Vivíamos en Puerto López, Antioquia, y habíamos estado solas con él desde antes de que yo empezara a tener recuerdos.

Nunca supe qué fue lo que en realidad pasó con mi mamá. Es que yo tenía apenas un año cuando mi papá nos llevó con él y nosotras crecimos sin verla más. Fuimos de una a otra parte, no parábamos en ningún lado. Al fin él puso un restaurante allá en Puerto López y levantó el negocio por nosotras. Mi papá era una belleza, daba la vida por cada una. Me acuerdo que sólo una vez nos pegó: estaban vendiendo una vajilla y nosotras, de curiosas, la rompimos y como nos dio una palmada nos fuimos a llorar toda la tarde al río. Ya como a las seis, cuando oímos que pasaban unos soldados gritando, nos devolvimos. Estábamos muy sentidas

¹ Actual representante y delegada de estudio de la comunidad en Benposta, Nación de muchach@s, Villavicencio.

² "Pensamos que no se iba ni a criar. Luego sacó la cabeza y dijo: —Aquí estoy. ", cuenta Camilo.

³ Nombre ficticio.

porque él nos consentía muchísimo. Él era..., mejor dicho, ino hay ni palabras para decirlo!

Trabajaba día y noche en el restaurante y nosotras ahí, todo el tiempo con él. Éramos tan apegadas que mi papá intentó mandar a Milena varias veces a la escuela, pero ella no se quedaba más de un par de horas, no quería estar sin él. Desde que nos levantábamos hasta cuando nos acostábamos nos la pasábamos juntos. De pronto nos acostumbró mal, porque a donde fuera nos llevaba. Él nos decía que teníamos mamá, pero que ella vivía en otra parte, y nosotras sabíamos que él tenía niños de otra señora porque estuvimos un tiempo con ellos, pero luego se fueron al Bagre, Antioquia, aunque seguíamos en contacto con algunos de los mayores, sobre todo con Arlex.

Mi papá era muy creyente de las ánimas y todos los lunes, a las siete y media, se iba detrás del restaurante y rezaba y nos decía: "Pórtense bien, niñas porque si no, las ánimas...". Nosotros le pedíamos que nos enseñara las cosas que él sabía: rezar la sangre, los dolores, conjurar todas esas cosas. Él nos decía que todavía no podíamos aprender porque estábamos muy pequeñas. Era capaz de hacer que la sangre parara. Cuando había una cortada muy grande y la herida no dejaba de sangrar, él la rezaba y se cerraba. Así pasó conmigo una vez y como yo era flaquita y enferma de todo, mi papá me hacía unos tratamientos que conocía. También para eso la gente lo buscaba.

El día que mataron a mi papá nos íbamos a ir a Medellín, Antioquia. Ahora veo que él lo presentía. Teníamos todo listo y llegábamos del centro y a él lo estaban esperando en el restaurante dos hombres: un señor canosito que se llamaba Aníbal, y otro, al que le decían "Piña". Ellos iban todos los días a que mi papá les diera comida. Tenía que hacerlo por obligación. Nosotras entramos con él, muy tranquilas.

Ellos dijeron: —Don Manolo, ¿nos podrá hacer el favor y nos acompaña hasta allí y nos alumbrar porque el camino está muy oscuro?

Y él les contestó: —No se preocupen, yo les presto la linterna y después me la traen.

—No, gracias, de pronto usted la necesita —le respondieron—: es mejor que nos acompañe.

Entonces nosotras comenzamos a decirle que no nos dejara solas, que queríamos ir con él y mi hermana Milena se puso a llorar para que la llevara. Él nos miró, y antes de salir nos besó y nos dijo:

—No niñas, este será el único lugar al que no las puedo llevar conmigo.

Se fue con ellos y como a la cuadra había un montecito, y ipa!, sonaron cuatro tiros. A mi papá le ayudaba en el restaurante un niño mayor que nosotras, que no

tenía familia ni nada. Lo había levantado y él lo quería mucho. El niño fue a ver y se dio cuenta que lo habían matado. Lo que pasaba era que ellos eran guerrilleros y decían que mi papá era colaborador del Ejército y que tenía comunicación con los soldados por el hecho de que también les vendía comida, y ese fue el motivo por el que lo mataron. A mí me parece que el niño alcanzó a llamar a unos amigos de mi papá. No sé muy bien qué pasó, porque nunca lo volvimos a ver. En tal caso, ellos lo alzaron y lo trajeron al restaurante. Fue cuando lo pusieron encima de una mesa y nosotras nos tiramos a abrazarlo, pero no nos dejaron quedarnos con él. Nosotras nunca vimos enterrar a mi padre.

Después supe que él tenía muchas cosas especiales, que había desarrollado como un sexto sentido... Un tío que vivía en Medellín un día fue a visitar a mi papá y él le dijo: "Tenga en cuenta cómo es el camino a la casa, quien quita que de aquí a unos meses yo me muera y usted tenga que venir por las niñas". Eso le dijo y así pasó. Cuando la guerrilla lo mató al otro día le avisaron a mi tío y él vino y nos llevaron a mí y a mi hermana Milena, por allá, a Medellín.

Orfandad

Mi tío vivía con la mujer y tenían una tiendita. Nos trataron bien, nos pusieron en la escuela, aprendimos algunas cosas. Entonces apareció allá mi hermano Arlex y nos dijo que nos viniéramos a Villavicencio, que si no nos gustaba nos podíamos devolver después. Y mentiras. Nos convenció de venimos, mi tío le dio el teléfono, pero cuando nosotras le preguntábamos el número después nunca nos lo daba. Nos trajo a donde el suegro de él.

El señor se encariñó mucho con nosotras. Nos puso en el colegio y todo, pero había un hijo suyo que no nos quería nada y nos mandaba hasta a lavarle las pecuecas⁴ y de todas maneras era el propio hijo, por más que el señor sufría de ver su comportamiento con las dos. Arlex vivía con su esposa y trabajaba en la plaza. Nosotras nos preguntábamos con mi hermana por qué nos había traído y nunca entendimos. Mi cuñada una vez comentó que mi tío había mandado decir que nos llevaran, que no podía tenernos con él, pero después, cuando hablamos con él, dijo que no era así. Al fin, no supimos bien.

El problema que había era que dos niñas más eran mucho para el señor, pues él no tenía tantos medios; entonces a mi hermana mayor la mandaron para Neiva, donde vivía otro de los hijos de mi papá, pero no pudo estar allá ni una semana porque yo me enfermé: no quería perderla. Me eché a morir. Sólo cuando la trajeron me mejoré y estuve bien. Éramos muy unidas. Pero la situación seguía siendo que aunque el señor tenía una panadería, no podía mantenernos a las dos, porque ya veía de sus propias nietas... Al fin nos tuvo con él dos años, aunque a mi hermana la llevaban por tiempos donde otras personas. A ella se le había olvidado todo, como si con la muerte de mi papá no recordara ya muchas cosas. Él

⁴ Las medias malolientes.

le había enseñado a cocinar, y después no se acordaba ni de cómo se hacía la pasta.

Cuando supimos que nos iban a meter en un hogar como Benposta nos pusimos contentas, sobre todo de saber que éramos las dos y que íbamos a poder estar siempre juntas. Eso era una dicha para nosotras. El señor nos trajo una tarde, nos dejó y nos dijo: "Chao". Nos dieron como ganas de llorar, pero las otras niñas: "Hola, ¿cómo están? Bienvenidas". Nos recibieron muy bien, y al principio nos pusieron a dormir en la misma cama y en el mismo distrito. Creo que les explicaron que no queríamos separarnos nunca.

Yo era pequeña, y había vivencias muy lindas: por ejemplo, a uno le enseñaban a doblar muy bien la ropa, después íbamos adquiriendo responsabilidades primero con la cama, luego una se encargaba del papel, otra de la crema, cosas así, hasta que me dieron un cargo más importante: entonces solucionaba los problemitas de limpieza, dirigía las reuniones por la noche y hacía el ofrecimiento en las mañanas orando para entregar el día. A mí me encantaba hacerlo y después estar pendiente de que cada grupo se fuera a su trabajo. Yo debía haber entrado a un grupo de niñas más pequeñas, pero como estaba con mi hermana entré al de las Aldeanas y por eso siempre fui avanzando rápido en cada una de las etapas. Llegué muy pronto a diputada, a alcalde del Pueblo Joven y después pasé a Mayores.

Acepté lo de mi papá porque sabía que ya no podía hacer nada. Y lo mismo, entendía que era como si mi mamá se hubiera muerto. Cuando llegaban las madres de familia a visitar a las niñas yo miraba y todo, pero no me daba tan duro como a mi hermana. Ella lloraba harto y entonces yo me iba hablar con ella y se le pasaba. Milena odiaba a mi mamá, la detestaba porque la gente nos hablaba cosas horribles de ella. Mi hermano Arlex nos dijo un día que la habían matado, y después nos contaba que la habían visto, pero era como amenazándonos para que nos portáramos bien porque nos habían vendido la imagen de que ella era malísima, nos decían que tomaba, que no les daba comida a los hijos, que nos dejaba encerradas, que no nos cambiaba. Hasta oí que ella había tratado de asfixiarme, pero que mi papá me había salvado. Él nunca nos decía nada así, sino que se habían separado porque no se entendían, porque ella ya estaba como en tratos con otro hombre, pero nunca dijo que fuera mala.

Fragmentos de la Historia

Yadira se sumergió en el mundo de Benposta, y pareció olvidarse del recuerdo del pasado que podía guardar una cabecita de niña, habitada sobre todo por imágenes cargadas de sentimientos —ella brincando sobre el estómago acolchonado de su padre, él inclinado sobre su pierna herida, mandando a la sangre que parara; ellos, de la mano, por todos los caminos, y luego las otras casas donde también había cariño, pero nunca de un modo tan próximo, nunca hasta la sensación de poder abandonarse por completo en una presencia como la de él—, imágenes que

después se fundieron con preguntas que se deslizaban en el fondo de los días, como corrientes subterráneas llenas de derivaciones y de puntos ciegos, de saltos, de piezas que faltaban al rompecabezas y sobre las que tal vez nunca tendría una respuesta absoluta.

¿Por qué las había criado solo su papá?, ¿a dónde se había ido su mamá con sus otros hermanos?, ¿qué habría pasado con ellos?, ¿era ella tan mala como les contaban?, ¿cuál era la verdad de la historia de su papá y su mamá?, ¿las habría buscado?, ¿estaría al fin viva o muerta?, ¿por qué las trajeron a Villavicencio? Un sinfín de preguntas que estaban ahí agazapadas, pero que se quedaron como suspendidas porque no había tiempo para ellas, y no había tampoco quién las respondiera desde que la muerte había impuesto su silencio. No las dejaron ir al entierro de su padre y eso era otra forma de vacío. Ahora sólo había espacio para ese nuevo aprendizaje que tenía el nombre de Benposta y que la entusiasmaba como si, sin darse cuenta, se hubiera impuesto un avanzar tan rápido que no dejaba lugar a esos porqués.

Ella, que era tan débil de contextura, se fue haciendo fuerte, aprendía a tal velocidad que le bastaron seis meses para ser diputada de un grupo de veinticuatro niñas, se saltaba etapas porque se adaptaba con una flexibilidad sorprendente. Pero entonces, cuando ya quizá no le importaba nada más que el presente, la convivencia llena de tareas y desafíos a los que siempre respondía, incluso con más gana de lo previsible; los hilos sueltos de ese pasado, los fragmentos de su historia familiar, comenzaron a desenvolverse, a permitirle hallar unas veces el rastro de los suyos, y otras, las razones desconocidas, o, por lo menos, la confrontación con el lado de su vida que se había refundido entre tiempos y lugares. Aceptar que en ese tejido de las relaciones quizá nadie es dueño de las verdades absolutas y que ya nunca sabría de qué lado se hallaban fue uno de los aprendizajes más necesarios que cumplió.

Un día, cualquier día, Arlex, el hermano, llegó a visitarlas con una mujer que parecía llevarles por lo menos unos diez años. Sin ningún preámbulo les dijo que ella era Sandra, una de sus hermanas por parte de la mamá. No le creyeron hasta que Arlex las dejó solas y comenzó a contarles partes de su vida. Les dijo que antes de que ellas nacieran eran cuatro los hijos que María del Carmen —así se llamaba la mamá— criaba sola en San José del Guaviare, una zona muy peligrosa. Allá se había conocido con el papá de ellas, que también tenía cinco hijos con una señora con la que ya no vivía, pero que en cuanto se enteró de que él se había ido con María del Carmen, se los mandó y entonces ellos se quedaron con los nueve niños. Supieron que por ese tiempo, el papá trabajaba en los cultivos de coca y que habían comprado un terreno y un hato grande, y que convivían entre las peleas de los niños que no se resistían entre sí.

En cambio, todos quisieron mucho a Milena, porque ella nació después de una bebé que tenía su mismo nombre y que sólo alcanzó a vivir tres meses, y de otro embarazo que no llegó a término porque la mamá tuvo una caída y sufrió un aborto espontáneo. Cuando nació la nueva niña, el papá se aferró a ella de una forma tan especial, que “no la soltaba para nada” y la quería tanto, que hasta la mamá le tenía celos. Luego vino Yadira y era claro que ambas eran sus preferidas. Sandra guardaba la imagen de ella misma cargando en los brazos a la pequeña de meses. Les dijo que las había dejado de ver cuando apenas iban a cumplir uno y tres años, y que también tenían unas hermanas de padre y madre que eran gemelas y habían nacido después.

A esas últimas niñas, María del Carmen las dejó —según le había contado a sus otros hijos— porque cuando de nuevo quedó en embarazo se vino a Villavicencio a dar a luz y el papá de ellas le prometió que vendría a recogerla al hospital y nunca llegó. Cuando nacieron las gemelas ella no había tenido cómo regresarse con ellas y entonces se las dio a una señora. Ella le había dicho a Sandra que se devolvió sola a San José del Guaviare y que cuando llegó, encontró que el papá de Yadira y Milena ya había vendido el terreno por ochenta mil pesos y se las había llevado con él. “Lo único que sé —les contaba Sandra ahora— es que la señora entregó las gemelas al Bienestar Familiar y que luego una tía se quedó con una, y otra mujer, que se llama Josefina, con la otra. Después, por casualidad, ellas entraron en el mismo colegio y se hicieron muy buenas amigas, sin tener ni idea de que eran hermanas porque eran muy distintas”.

Supieron que así como su mamá dejó a las gemelas, había ido separándose de casi todos sus hijos. Sandra recordaba que cuando estaba viviendo con un hermano y su mamá en una casita alquilada, un día ella salió y les dijo: “Ya vuelvo”, y los dejó ahí, sin un centavo, esperando un regreso que jamás cumplió. Entonces eran un par de adolescentes que primero fiaron lo que pudieron en la tienda, luego decidieron empeñar lo que tenían —una licuadora y una grabadora— y se fueron a buscar qué hacer, cada uno por su lado. Sandra había llegado, andando como pudo, hasta Santa Marta, y allá un señora de edad le dio trabajo, se encariñó con ella y la ayudó. Le permitió que estudiara y así completó el bachillerato. Luego se casó y, ya organizada, se propuso encontrar a todos sus hermanos y a sus medias hermanas. De eso hacía tres años. Ya había localizado a las gemelas y ahora acababa de encontrarlas a ellas.

Para lograrlo había acudido a una madrina de su infancia de la que guardaba recuerdo y ella la había contactado con Arlex, el hermano por parte del padre que las había llevado a Villavicencio. Fue hasta la plaza donde trabajaba y él le hizo prometer que no le diría a su mamá dónde estaban ellas. No lo hizo, ni siquiera cuando la visitó en el hospital, y le dejó una plata para que pagara parte de los gastos de la enfermedad que tenía en ese momento, porque pensó: “Así como yo

las busqué, que ella también las busque". Sin embargo, no resistió la tentación de contarle a unos tíos...

Después de ese encuentro, una tarde en Benposta, Milena estaba de "aduanera" recibiendo a las personas en la entrada. Una señora llegó a preguntarle por un par de hermanas, diciéndole que ella sabía que estaban juntas allí, que una era morenita y la otra más blanca, pero que ellas no la conocían aunque era su mamá. Milena, muy amable, llamó a unas niñas pensando que eran ellas. Después de charlar un rato, la señora dijo que eran otras las que buscaba, que no sabía si conservaban los nombres de Milena y Yadira, pero que eran de apellido Vázquez. Entonces, la niña, con una rabia sorda como el dolor, le dijo que se fuera, que no la necesitaba, que la dejara tranquila y que sin ella estaba bien. Cuando la mamá le preguntó por Yadira, le gritó: "¿Ahora sí viene a preguntarla? Pues para que sepa, ella ya no está aquí. Se murió". "Ella no se ha muerto", respondió la mujer tranquila. Se trenzaron en una discusión y Milena, que deseaba ese encuentro más de lo que atreviera a reconocer, empezó a escuchar, a ceder un poco, sin dejar el tono ofensivo. Aceptó ir con ella a una cafetería del Centro y le contó que Yadira estaba de vacaciones en Puerto Esperanza, pero le reafirmó que ella no tenía ningún deseo de verla. La mamá se despidió diciendo que igual iba a regresar el próximo 15 del mes, y le dejó un vestido que había traído de regalo para Yadira.

Cuando Yadira volvió de las vacaciones Milena le contó el encuentro. Desdobló con el corazón latiendo ese vestido amarillo que era lo primero que ella recordaba haber recibido de su mamá y lo miró una y otra vez, incrédula, porque no obstante su textura menuda, hacía muchos años que había dejado de servirle una talla tan pequeña. "¿Será que mi mamá se imagina que yo soy así de grande?", se preguntó cada una de las mil veces que lo sacaba del mueble de la ropa, sólo para mirarlo. El sábado siguiente se lavó el pelo, se arregló y se sentó a esperarla. Pasaron uno y otro fin de semana y tantos meses que ella perdió la cuenta y terminó diciendo, en broma, que su mamá había dicho que volvería un día 15, pero que no aclaró de cuál año sería. Jamás volvió a buscarla. Si Yadira había podido encontrar una mediana explicación al porqué las había dejado ir solas con su padre, nunca entendió que bastara el rechazo de su hermana, para que desistiera de regresar, para que ya no quisiera saber cómo era su rostro de adolescente, ni le permitiera hacer las preguntas que sólo ella habría podido responderle. Después del encuentro con Sandra, lo que tenía más claro era que a todos los hijos los había ido dejando por el camino de su vida.

Un par de años más tarde vino a buscarlas otro hermano. Había llegado de Arauca, en un tiempo de permiso del ejército y la mamá le contó que sabía dónde estaban sus dos hijas. A él le daba miedo enfrentar su rabia, pero con todo y el temor de verse insultado, fue a conocerlas. Camilo⁵ las llamó a las dos y les dijo: "Les

⁵ La historia del actual representante legal de Benposta-Villavicencio aparece en el relato "Aquí todos somos desplazados".

presento este personaje, ¿no se acuerdan de él?", entonces ellas se presentaron: "Mucho gusto, Yadira", "Mucho gusto Milena", pero no se les ocurrió que fuera Héctor, otro de sus hermanos, hasta que él empezó a hablarles. Les relató que él estaba soñando a la abuelita y que le había pedido que le mostrara cuál era la mujer que iba a ser más importante en su vida. En el sueño él miró el rostro de Milena... Se rieron juntos y a lo largo del encuentro, se emocionaron tanto, le preguntaron tanto, que no sólo escucharon tranquilas la versión de que el papá de ellas golpeaba al resto de los niños y a la mamá, sino que aceptaron pasar el fin de semana con él en la casa de ella. Para ambas fue un paso muy difícil que iba a desembocar en una bifurcación de caminos.

Aprendí a darle gracias por la vida

Cuando llegamos "ella" estaba sirviendo el almuerzo y su compañero estaba sentado comiendo. Mi hermano Héctor dijo: "Hola mami, ¿qué hubo?" y nosotras: "Buenas tardes" y mi mamá levantó los ojos, nos miró y se quedó como una estatua: no se movía ni decía nada, y mi padrastro fue el que dijo: "Sigan y se sientan". Ella nos sirvió almuerzo, pero yo no le hablaba. No sabía dónde estaban las cucharas y como no estaba segura de cómo llamarla, si señora o mamá, le dije: "Me hace un favor, ¿dónde están las cucharas?". Ese fin de semana no hablamos casi, nos la pasamos con mi hermano. No hubo ni un abrazo. No le dimos pie.

Al final de esa visita nos preguntó que cuándo volvíamos y le dijimos: "Después", y es raro, pero llegó el día en que mi hermana —que era la que la odiaba— se pudo sentar en las piernas de mi mamá, mientras yo no puedo. Un día ella sí comentó que yo nunca me hacía al pie suyo. Yo he intentado dejarme consentir, pero no, me siento mal. A mi mamá la respeto, y aunque no puedo decir que la quiero, le agradezco que me hubiera traído al mundo. Ella dice que en el momento en que estaba en el embarazo tenía problemas con mi papá, y sé que sufrió mucho para tenerme... Acá aprendí a tratar el rencor. Para mí, mi mamá era un espanto y en Benposta comprendí que de todas formas mamá es mamá, pues ella habría podido decir: "No, esa china yo no la quiero tener", y abortarme, pero me tuvo.

Después supimos que a una hermana, que se llama Yamile, se la dejó a una tía y que dizque consiguió marido y fue desdichada... por ahí cuentan que está en la guerrilla; de mi hermano Jorge supe que vivía con mi mamá en Villanueva, y un día alistó maletas y se fue. Con el que ella vive es con el pequeñito que tiene 12 años, y con el papá, que es su compañero. Con él nos la llevamos bien porque nos respeta.

Yo nunca le he preguntado a mi mamá nada de ella, ni de por qué iba dejando a sus hijos. De su vida no hablamos nada. Lo único que le he preguntado es por mis abuelitos. Supe que a él no lo quería, que a ella sí, pero se había muerto. Una vez me dijo que había amado a mi papá y me contó cómo se conocieron. Me dijo que allá en San José tenía una caseteca donde vendía comida y que mi papá estaba en

la zona y se hizo cliente de ella. Él le dio la idea de que vendiera tamales, pero ella no los sabía preparar, y entonces él se ofreció a enseñarle y por los tamales empezaron a estar juntos y después se fueron a vivir. Me contó que estando en la casa hubo tres ocasiones en que lo buscaron para matarlo —porque en esa zona la vida es así— y que él presentía y le decía: "Negra, esté pendiente, vaya y mire", y preciso: lo estaban esperando, pero él se escapaba.

Hay algo que yo no entiendo: que mi mamá dice que él tomaba y le pegaba a ella y a los niños, un cosa horrible, pero de lo que yo recuerdo de vivir con él no era así. Si lo que mi mamá dice de él era verdad, que era alcohólico y violento, no sé cómo podría haber hecho un cambio tan repentino y dejar ese comportamiento de un momento a otro, porque él jamás nos maltrató. Todo lo contrario. Nunca sabré cuál fue el motivo de la separación de ellos porque mi papá me decía una cosa cuando era niña y mi mamá ahora me dice otra.

Ella vive allá en Villanueva. La economía de la casa gira alrededor de las palmeras. Recuerdo que una vez hubo un problema con un tortolito porque yo le di comida y ella dijo que no le diéramos. Al otro día ella se fue y no le dimos nada y cuando llegó se puso toda brava y nos dijo: "Ustedes no sirven para nada, deberían largarse. Esperen y verán". Y nosotras no teníamos plata para largarnos, pero yo creo que ella no se arrepintió.

De todas formas, Milena se retiró de Benposta porque entre una y otra ida había sentido que necesitaba vivir con mi mamá y lo hizo así. Cuando supe lo que había decidido me llené de dudas porque me costaba separarme de ella. En ese septiembre estaba resuelta a irme de Benposta pues Milena me halaba a hacerlo: yo le hacía falta y ella a mí. Cuando estaba en medio de esa crisis le dije a Carmen Eugenia que me iba a ir y ella me aconsejó que no lo hiciera, porque tenía mucho que aprender y aportar aquí, y Oscar, un fundador de Benposta, también me habló. Me contó que él había pasado ya una crisis y que ahora pensaba en lo que sería de él si se hubiera ido por capricho. Pensé que tenían razón y que no iba a tomar una decisión así, de una forma tan apresurada. Y al fin me quedé. De todos modos, Milena se fue luego de la casa porque mi mamá la echó. Ahora tiene 19 años y vive con un compañero. Aunque estamos separadas, mi hermana ya entiende que lo mejor para mí es Benposta.

Es mi turno

Para mí es claro que yo llegué y encontré como ese amor, ese apego que la misma gente de aquí va enseñando. El apoyo de los mantenedores⁶ ayuda mucho. En ese

⁶ En Benposta los mantenedores son muchachos o muchachas de la misma comunidad que están más adelantados en el proceso de formación y se hacen cargo de acompañar, guiar y aconsejar a otros más pequeños. A veces las diferencias de edad son mínimas, pues una niña o niño pueden ser mantenedores de los de su mismo grupo, ya que el trabajo que desempeñan es apoyar al encargado que sí es una persona mayor.

tiempo mi mantenedora era Maru. Tenía 19 años y era muy especial. A ella le debo bastante: vivía con nosotras, nos contaba sus cosas, nos acompañaba. Nosotras la sentíamos como una mamá, y le teníamos bastante confianza. Frente a cualquier problema ella nos enseñaba algo. A mí me decía que yo no debía odiar a mi mamá, me enseñó a perdonar, a sacar ese rencor.

Antes de estar en Benposta yo sabía que había un Dios en el cielo, pero de ahí no pasaba. Aquí aprendí que realmente existía un Dios que era como el papá. Eso fue cuando empezamos a profundizar en la oración y Maru nos hablaba de la vida, y yo iba entendiendo que no estaba sola y que era alguien útil. Con ella sentí que uno no sólo es para uno, sino también para los demás. Maru se fue hace cuatro años y nosotras lloramos. No la vemos muy seguido, porque ella trabaja todo el día en un almacén de zapatos, pero cuando la vemos nos emocionamos mucho.

También encontré afecto en Camilo y Carmen Eugenia⁷. Ella me dio muchos consejos. Aquí hay algo que es como el ambiente, que hace que uno sienta que existe gente que realmente lo quiere, y así le crean una buena autoestima y la responsabilidad. Cuando fui alcaldesa estaba en Pueblo Joven. Cuando uno entra a esa etapa adquiere más conocimiento de Benposta y cada vez se enamora más de lo que es. Yo escogí mi Junta de Gobierno. El manejo de grupo del gobierno es algo tan lindo que no tiene que estar una persona de afuera, sino que entre nosotros mismos nos coordinamos y no es que tengan que enseñarnos cómo es que se hace para gobernar sino que la responsabilidad y el conocimiento los va uno adquiriendo con lo que va viviendo. Yo duré un año en la Alcaldía, me fue bien y me pasaron a Mayores.

Aceptación Menor es la primera etapa de los Mayores, donde uno ya empieza a ver que ya ha dejado de ser niño, acepta más claramente a Benposta y si quiere comienza el proceso que va hacia la Gran Aventura⁸. Ahí no alcancé a durar el año y pasé a Aspirante. Es decir que me salté la etapa de Aceptación Mayor porque era muy responsable. Después hubo algo especial: los once días que estuve en la Capilla⁹ en la Central de Juventudes. Allá vivimos una experiencia muy linda en un horario apretadísimo. Fui porque a Benposta le llegó la invitación. Carmen Eugenia ya sabía de qué se trataba, nos contó a las aspirantes y todas dijimos: "Sí, vamos". Fuimos las cinco que ahora somos mantenedoras. Allá había gente de todas partes, las niñas eran universitarias, y nosotras éramos las únicas colegialas.

Durante ese retiro vivimos de una manera muy fuerte la espiritualidad: todos los días misa y oración en la mañana y en la tarde. También vimos temas de

⁷ Actual delegada de estudio de la comunidad.

⁸ Etapa de máximo compromiso en Benposta que implica la disposición de fundar otras comunidades de niños, donde quiera que se necesiten. La preparación se realiza a partir de un trabajo muy ligado a la historia personal y al proyecto de vida.

⁹ Un pueblo del municipio de Zipacón.

autoestima, liderazgo, la formación de la persona integral y técnicas para trabajar con los grupos. Yo salí de ahí con toda una visión al mundo porque la espiritualidad estaba en el trabajo con el grupo, en ver la realidad. Había un político que había sido el secretario de una campaña en Cachipay y reconocía que ellos prometían cosas que sabían que no se podían hacer y que cuando llegaba el momento simplemente le decían a la gente que no había plata... Es una forma de política basada en la mentira. El trabajo de Benposta es distinto. Le da a uno muchas ilusiones. Yo siento que aquí puedo trabajar con lo que yo quiero que es con los niños y siento que de irme dejaría a la familia que encontré. Es algo así: a mí me dieron la mano una vez, ahora es mi turno.

Por eso fui cuando Benposta estuvo prestando apoyo en la zona del terremoto de Armenia. De Villavicencio me mandaron a mí y de Montería fueron tres personas. Al comienzo se fue Camilo y fundó dos guarderías en Calarcá. Los niños pasaban todo el día ahí y nosotros íbamos a hacerles recreación cada día durante un par de meses. Fue una experiencia bonita y tres de las mujeres que fuimos estábamos en el proceso de Preaventura. Luisa, que ya es aventurera, nos ayudaba a darnos cuenta de si dentro de nosotras estaba la posibilidad de quedarnos trabajando por los ideales de Benposta, o a pensar en lo que iba a seguir en nuestro proyecto de vida. Todos los días íbamos a misa porque escoger este camino es vivir en Dios, en la fraternidad y en la reflexión. Para mí el centro de mi vida es Dios y no sé cómo sería sin Él.

El año pasado comencé como mantenedora. Es un trabajo que implica acompañar el proceso de vida de cada niño o niña, estar ahí en los momentos de alegría o de tristeza, vivir con ellos cada instante dándoles la mano: ser mantenedor es ser como esa segunda mamá que está siempre presente; es estar pendiente, dándose cuenta de que no debe haber una ovejita que se pierda, y mirar que vayan teniendo un crecimiento en todo. Entre las niñas que acompañé hay una a la que la mamá maltrataba mucho y ella había pensado en irse a la guerrilla y llegó a Benposta sin querer estar aquí. Antes de ayer yo hablaba con ella: "¿Se acuerda de lo que decía cuando llegó?" le pregunté, y me dijo: "Sí, me acuerdo que yo lloraba y decía que me quería ir", y yo: "¿Todavía se quiere ir?". Me contestó: "Ya no, porque aquí he encontrado afecto y cosas que no había visto en otra parte". Y como ahora ella va ir a la Macarena, que es donde queda su casa, yo le preguntaba: "¿Va a volver?" Y me dijo que sí, que seguro, que a la guerrilla ya no se iba. Uno en esos momentos se siente como alegre.

Ahorita tengo que terminar el bachillerato y luego estudiar Nutrición y Salud, pero yo no me imagino que voy a fundar una Benposta: yo tengo que fundar una Benposta. No sé dónde, donde se necesite, aunque eso me implique dejar a las personas que quiero.

Nunca jamás

En Benposta hay muchachos que han huido de todos los frentes, una chica que tiene un hermano en el ejército y la guerrilla los sacó por eso; otro, lo contrario, sus parientes tenían algún trato con la guerrilla, entonces los paras, "Váyanse"; y todo el tiempo, acá o en el pueblo, uno conoce historias: un muchacho al que los paras confundieron y lo iban a matar. Lo llevaron y empezaron a meterle espinas, lo golpearon y ya cuando llegó el punto de matarlo y se dieron cuenta de que no era el que creían, le dijeron: "Disculpe, hermano, nos confundimos", y él: "No, tranquilos, ningún problema".

Yo pienso que la paz es bien difícil porque es más que sentarse en una mesa: es dar empleo para que se acabe la pobreza; no sólo es hablar sino saber que hay gente que pasa muchos momentos de angustia y que también la paz empieza desde cada quien. Ahora al frente de Benposta hay unas familias de desplazados y yo los escucho hablar de la tristeza por lo que tuvieron que dejar.

Contra los que mataron a mi papá no guardo ningún rencor, sé que si de pronto los llegara a ver algún día no tendría deseos de venganza. Ni contra ellos ni contra la guerrilla. Lo que sí es que me gusta decirle a las niñas que están a mi cargo que vivimos en una sociedad y tenemos que convivir con lo que pasa en ella. No creo que se trate de hacernos los locos y evadir la realidad. A veces, en las reuniones de Distrito nos ponemos a ver los noticieros, a reflexionar, y a darnos cuenta de que la cosa no es pensar que a nosotros nunca nos va a afectar lo que pasa en el país. Pero frente al camino de las armas yo siempre diría: nunca jamás.